

**MONSIEUR DAGIMONT,
CORREO DEL SOLDADITO BELGA.***
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

**Bruselas, entre fines de noviembre y
principios de diciembre de 1914.**

Desgarradoras escenas se desarrollaban en la oficina de informes militares organizada desde mediados de agosto. Muchas madres, muchas esposas, recibían en pleno corazón, como una puñalada, la noticia de la muerte de sus hijos, de sus maridos, y enloquecidas de dolor llenaban el recinto con sus ayes o caían desmayadas, incapaces de soportar de pie el tremendo golpe. Su desesperación contagiaba a las pobres mujeres acudidas como ellas en busca de consuelo y esperanza, y una angustia mortal oprimía todos los pechos. El ambiente era

pavoroso. En las calles, en los tranvías de Bruselas, andaban como fantasmas, anegadas en llanto, sacudidas por los sollozos y la fiebre del dolor. Pero algunas de estas aflicciones eran prematuras, algunos de estos lutos infundados : un informe falso, una mala interpretación, solía dar por muertos a los heridos, los prisioneros o los combatientes mismos. La dirección de la oficina, de acuerdo con las autoridades, resolvió entonces dar únicamente noticia de los internados y de los hospitalizados, de cuya suerte se estaba seguro, callando el nombre de los muertos, hasta en caso de relativa certidumbre, para no incurrir en nuevos errores y no precipitarse a dar golpes tan crueles.

Pero la situación, si cabe, se hizo más penosa con la duda que esta discreción engendraba. Cuántas familias carecían de noticias de sus miembros empeñados en la guerra y casi todas estaban en el caso porque no había correspondencia posible con las líneas, suponían siempre lo

peor y, aterradas, veían la muerte cerniéndose sobre sus hogares. La angustia reinaba en la Bélgica entera.

Largos, muy largos meses duró esta tortura, septiembre, octubre, noviembre pasaron con la lentitud de los días de suplicio. No se vivía, se agonizaba.

Un hombre abnegado quiso, entonces, aliviar en lo posible tanta ansiedad y tanta pena. M. Romain Dagimont – le llamaré así por el momento para no comprometerlo – comunicó a su esposa el proyecto de ir a las líneas en busca de informes para tranquilizar a sus amigos y con ellos a cuantos compatriotas pudiera. Llevaría las cartas que le diesen y volvería con noticias de todos los soldaditos belgas que encontrara en su camino. Madame Dagimont comenzó por sobresaltarse y protestar. Su esposo no estaba ya en edad de correr semejantes peligros, de sobrellevar semejantes fatigas, y no teniendo parientes en el ejército, no había para qué exponer la vida. Pero en el fondo, admiraba el proyecto, los sentimientos generosos no tardaron en

primar, y la noble empresa quedó adoptada bien pronto, con su beneplácito entusiasta.

Durante esta guerra, el espíritu de sacrificio, la inteligente iniciativa humanitaria, la caridad, la piedad, el ardor patriótico, han rayado a grande altura en la mujer belga. Algunas se han mostrado admirables, sublimes, trabajando en silencio, tan heroicas cuanto modestas, por el bien de todos.

M. Dagimont, que lleva sus sesenta y cinco años como si no pesaran, se puso en campaña inmediata. Durante varios días corrió de un lado a otro ágil, infatigable, haciendo su cosecha, buscando recomendaciones eficaces para las autoridades militares francesas y belgas, cartas y dinero para los jóvenes soldados.

Se lo veía pasar, alto, enjuto, con su paso firme y su ademán sobrio, su cabellera poblada y cana, sus grandes bigotes blancos que se destacan sobre su tez rosada y sin arrugas, sus ojos pardos de singular viveza que brillan bajo sus

espesas cejas, blancas también. No se fatigaba, acostumbrado a marchar días enteros por las ásperas cuestas de las Ardenas o por los bregales llanos e interminables de la Campine, y sonreía pensando en su proyecto, acariciando la idea de hacer felices a tantas madres, conmovido y regocijado a la vez. Por la noche contaba a Mme. Dagimont cuanto había hecho en la jornada, las recomendaciones obtenidas, las cartas y los pedidos de informes que le afluían de todas partes.

- *¡ Yo iré contigo !* – le declaró resueltamente una tarde Mme. Dagimont.

Esta vez le tocó protestar a él. Pero sus objeciones, sus razonamientos, hasta un fingido enojo fueron inútiles. La dama estaba decidida, y él no tenía aliento suficiente para contrariar su voluntad.

Sin embargo, no se llega a las líneas de los aliados como al Bois de la Cambre. Es preciso salir de Bélgica, embarcarse en Holanda, cruzar el canal entre minas y submarinos, pisar la costa inglesa, atravesar de nuevo la

Mancha para entrar en Francia por Calais, y allí procurarse los medios de alcanzar las vanguardias que defienden los últimos terrenos todavía libres de la desgraciada Bélgica. Lo más difícil es transponer el cordón de centinelas alemanes que a lo largo de la frontera holandesa no tiene solución de continuidad desde el Mar del Norte hasta la Prusia renana. Hay que tener una autorización o exponerse a muy graves peligros. M. Dagimont acudió, pues, a las oficinas de la Kommandantur y solicitó para él y su esposa un pasaporte que le fue terminantemente rehusado : no tenía para qué salir del país según la categórica afirmación que con tono brusco y seco le hizo un oficial alemán, aunque alegara la necesidad de cuidar de sus intereses en Holanda. Los invasores ven espías en todas partes, como que ellos los han utilizado a millares, y se desviven por impedir que llegue un solo informe al enemigo sobre la posición de sus fuerzas, de sus aeródromos, de los inmensos trabajos de fortificación que realizan en el territorio ocupado, lleno hoy de trincheras

preventivas para el caso de una retirada. Salvo extraordinarias excepciones, nadie cruza la frontera con su autorización : un anciano cuyo hijo se moría en Berg-op-Zoom sólo obtuvo su pasaporte arrastrándose de rodillas. Pero lo obtuvo mientras que muchos otros no lograron con sus lágrimas y su desesperación ablandar a los oficiales del káiser. Los mismos extranjeros neutrales no obtienen pasaporte sino después de muchas diligencias de sus ministros, y eso únicamente para salir, no para volver a entrar. Un plenipotenciario sudamericano, acreditado también ante la corte de Holanda, acaba de verse negar el pasaporte de ida y vuelta que solicitaba : le permitían marcharse, pero no regresar ... Un corresponsal de guerra llegado recientemente ha resuelto irse, porque no puede andar sino acompañado por un oficial alemán, ni enviar sus cartas sin el visto bueno de la censura.

Con todo, siguen llegando a Bruselas, a veces en gran número, diarios franceses e ingleses a pesar de los severos

castigos impuestos a introductores y vendedores, las cartas pasan también, burlando la censura, y, lo que es más interesante aún, centenares de jóvenes belgas se marchan cada semana, acudiendo al llamamiento del deber, y sólo una proporción muy pequeña cae en poder de los alemanes, a despecho de su vigilancia. Para impedir más fácilmente este éxodo de futuros enemigos, los alemanes han situado sus guardias y sus centinelas tan próximos que pueden verse y aun llamarse entre sí, a algunos centenares de metros más acá de la línea de demarcación, de modo que puedan hacer fuego sobre un fugitivo sin correr el riesgo de herirlo o matarlo en territorio holandés ; por la noche muchos de esos centinelas tienen perros-policía, y poderosos reflectores pasean sus rayos luminosos por el campo, registrándolo sin cesar ; de vez en cuando los disparos de fusil, rompiendo bruscamente el silencio, anuncian que algo se mueve, hombre o animal, en dirección a la frontera ... ¿ Cómo pasan entonces, los que van a engrosar el pequeño y bravo ejército belga ? No lo

diría aunque lo supiese, pues no me incumbe el papel de delator, pero puedo indicar de paso un medio tan sencillo como eficaz, recordando simplemente que dádivas quebrantan peñas. Otros habrá, sin duda, pero mucho más arriesgados ...

M. Dagimont, después de su fracaso en la Kommandantur, adoptó uno de estos últimos, muy satisfecho de que la falta de pasaporte obligara a su mujer a quedarse en Bruselas. No le costó mucho convencerla de que yendo con ella se duplicaba el peligro, y de que no podía renunciar a su viaje después de haber hecho nacer la esperanza en tantos corazones angustiados.

Cuando partió, solo y a pie, Mme. Dagimont tuvo que hacer inauditos esfuerzos para contener el llanto y sofocar el presentimiento de que no lo volvería a ver. Él tomó a buen paso el camino del noroeste, azotado por la llovizna que pulverizaba el viento frío, llevando en la mano una valija bastante pesada, con su ropa blanca y la correspondencia

disimulada bajo el forro.

Larga, difícil, accidentada, fue su peregrinación. Sólo de vez en cuando, entre una aldea y otra, en la carretera que los soldados alemanes no vigilaban sino a la puerta de las poblaciones, podría servirse de algún carro que pasaba, para aligerarse de su carga y descansar un poco. Al acercarse a las casas separábase del vehículo, alejábase de la carretera, y por los senderos o campo atraviesa seguía su marcha con el paso sosegado de un vecino que va de una granja a otra, evitando siempre el encuentro con los poco amables centinelas alemanes. Comía en algún cortijo lo poco que encontraba : un pedazo de queso, una loncha de tocino, a veces un mendrugo de pan, tan escaso entonces que solía no encontrarlo a ningún precio.

Como hablaba corrientemente el flamenco y conocía a fondo aquella parte del país, encontró fácilmente la ayuda necesaria para seguir su camino evitando todos los obstáculos. Una noche, por fin, atravesó la frontera sin ser

visto, y, ya en Holanda, se dirigió a Terneuzen, la pequeña ciudad situada en la orilla izquierda del Escalda, y que une a Gante un canal y un ferrocarril hoy paralizados, como muertos en el marasmo general del país.

Pero Terneuzen, cuando llegó a ella M. Dagimont, presentaba una animación extraña, y en sus calles edificadas al estilo flamenco, pero sin mucho carácter, cruzaban grupos de fugitivos y refugiados belgas, soldados holandeses, campesinos y campesinas de los alrededores, que acudían a vender a precios nunca alcanzados los productos de la tierra. Los hoteles y posadas estaban llenos; en las mismas casas particulares se alojaban numerosos forasteros, como durante una feria, y M. Dagimont pudo a duras penas conseguir una cama en un cuartujo del *hotel de Rotterdam*, donde ya estaba instalado otro viajero.

Se ocupaba en el bar, pocos momentos después, de clasificar el grueso paquete de cartas, cuando uno de los parroquianos que bebían tranquilamente su cerveza fumando su pipa se le acercó con aire un tanto misterioso.

- *No tomará usted a mal que le haga una útil advertencia* – dijo el desconocido con marcado acento holandés.
- *Por el contrario, se lo agradeceré infinito* – contestó intrigado M. Dagimont.
- *¡ Pues bien ! Está usted haciendo una cosa prohibida. Esas cartas vienen sin duda de Bélgica y como los representantes de Alemania pretenden que son contrabando de guerra, nuestra policía puede confiscarlas y molestarlo a usted seriamente. Se lo advierto porque nosotros, holandeses, estamos de corazón con nuestros hermanos belgas.*

M. Dagimont dio las gracias efusivamente y ocultó la correspondencia, mientras el holandés continuaba :

- Si no me equivoco, esas cartas parecen indicar que se dirige usted a Inglaterra, quizá a Francia ... Pero no quiero parecerle indiscreto ni que me tome usted por lo que no soy, en estos momentos en que se debe desconfiar de todo el mundo ... Sólo desearía serle útil en algo.

- Después de lo que acaba usted de decirme, mi desconfianza sería imperdonable ... Voy a las líneas belgas en busca de noticias y consuelo para las familias de nuestros soldaditos. Nadie sabe nada de ellos, y como han caído tantos en los furiosos combates que siguieron a la caída de Amberes, la angustia reina en todos los corazones.

- Harto lo sé, porque yo también vengo de Bélgica – dijo el holandés que era un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, robusto y corpulento –. Soy corresponsal de un diario de Amsterdam, y he resuelto volver a Holanda porque ya no podía dar un paso en su país sino esquivando la vigilancia de los alemanes, y no lograba sino muy

*difícilmente y rara vez que mis artículos pasaran la frontera. Como en ellos digo la verdad no soy **persona grata** al ocupante, y las complicaciones de mi misión se multiplicaban y exageraban cada día, hasta el punto de hacerla casi imposible. Así he organizado algunos medios de información en Bélgica, con los cuales estaré más o menos al corriente de lo que ocurra y completaré el servicio interrogando a los viajeros que pasen la frontera. No necesito repetirle cuáles son mis simpatías ...*

- ¿ Piensan como usted todos sus compatriotas ? ...

- La inmensa mayoría. Las clases populares holandesas y la misma burguesía desean ayudar a los belgas de un modo activo y eficaz, y eso no por sentimentalismo – aunque el sentimiento natural nos lleva hacia nuestros hermanos de raza – sino por la convicción de que el destino de Holanda es solidario con el de Bélgica. Nadie ignora las ambiciones de Alemania, su pretensión sobre las bocas del Rin, su apetito ciego de tener puertos en el Mar del Norte, y todo el

*mundo sabe que si llegan a dominar en Bélgica, nuestro país no tardaría en ser sometido también. Las potencias que no hubieran podido impedir lo primero no podrían, tampoco, impedir lo segundo. El holandés es tan individualista, tan amigo de la libertad, como el belga, y sería muy desgraciado bajo el régimen alemán. En suma, en Holanda sólo se muestran germanófilos más o menos decididos los miembros de la aristocracia protestante, muy vinculada con la aristocracia alemana. Estos germanofilos hacen propaganda contra los ingleses recordando la guerra de Sudáfrica y el injusto sacrificio de los boers (**Nota** : de origen holandés ; guerras de 1880-1881 y 1899-1902) que los holandeses no hemos podido olvidar todavía. Esto enfría muchos entusiasmos y contribuye a hacer que en las esferas oficiales predomine la política neutral aunque algunos proclamemos que Inglaterra pasa en segundo término, y que Bélgica tiene derecho de esperar nuestra ayuda fraternal, que no debe ser impedida por razones*

de otro orden cualquiera.

- Tengo entendido, sin embargo – observó M. Dagimont –, que el holandés es pacifista a todo trance, y que está pronto a hacer todas las concesiones antes de entrar en guerra, pensando que el peor de los arreglos vale más que el mejor de los pleitos. Parece, también, que los dolores y la devastación impuestos tan inicuaamente a nuestra pobre Bélgica se consideran aquí como una terrible lección que hace desear con mayor vehemencia aún el mantenimiento de la paz.

- Esas ideas caben, efectivamente, en algunos cerebros egoistas ; pero el pueblo no piensa de ese modo. Cuando los alemanes invadieron Bélgica y se supo que entraban en ella a sangre y fuego, arrasando poblaciones pacíficas y matando sin razón plausible hombres, mujeres y niños, los jefes y oficiales de nuestros cuerpos acampados en la frontera tuvieron que hacer esfuerzos inauditos para que los soldados no corrieran a socorrer a los belgas. Y el pueblo entero

pensaba como los soldados ... Desde el primer momento los fugitivos han sido recibidos aquí con los brazos abiertos ... Existe, pues, una verdadera solidaridad entre los hijos de ambos países, y si Holanda obedeciera a su corazón, ya habría empuñado las armas. Pero el gobierno conoce sus tremendas responsabilidades y no quiere entramparse en una aventura que podría ser fatal, sin ventaja para nadie, dado que todo sería muy débil, tanto para unos como para otros. Además, por el momento no habría pretexto alguno para tomar partido.

- ¿ Cree usted, entonces, que si mañana se desconocieran o ultrajaran los derechos y las libertades de Holanda ésta se levantaría contra Alemania ?

- No me cabe la menor duda. Si nuestra neutralidad es violada, haremos inmediatamente uso de las armas que hemos empuñado ya para estar prontos a todo evento. Acaba usted de ver nuestros jóvenes soldados en las calles de Terneuzen : el mismo espectáculo se nos ofrece a lo largo de

las fronteras, y en todas nuestras ciudades. El ejército está movilizado y listo para entrar en acción.

M. Dagimont estuvo a punto de preguntar al periodista cómo explicaba entonces que en Bélgica se diese por cosa cierta, del modo más categóricamente afirmativo, que una buena parte de las tropas alemanas de invasión había pisado el territorio holandés para cruzar más pronto la frontera, largos trenes nocturnos llenos de soldados y material de guerra que pasaban silenciosamente por Maastricht, batallones que atravesaban a pie camino de Mouland y Visé, como tantos y tantos aseguraban poder probarlo en el momento oportuno. Recordaba lo que se había dicho del príncipe consorte, ardiente germanófilo, cuyas indiscreciones obligaron a la reina a llamarlo al orden, el aprovisionamiento de Alemania con mercancías y víveres holandeses, la existencia notoria de estaciones alemanas de telegrafía sin hilos en la costa, y de otros medios múltiples de información en todo el resto del país. Esa neutralidad, esa amistad paternal de que hacían gala

los holandeses, tropezaba con su escepticismo. ¡ La situación era tan propicia para que ese pueblo de comerciantes hiciera su negocio ! ... Ciertamente que los refugiados belgas sin recursos eran socorridos y albergados inmediatamente (**Nota**) ; pero era cierto, también, que los favorecidos de la fortuna habían sido desollados por mercaderes sin conciencia que, como en Flessingue (**Nota** : Vlissingen), llegaban a hacer pagar diez y veinte francos por un mal sillón en que pasar la noche, cuando los hoteles rebosaban de fugitivos ... Comprendía por otra parte que los holandeses prefirieran la paz e hicieran lo humanamente posible por mantenerla, mientras no recibiesen una afrenta pública, y veía el peligro de la situación : si Holanda favorecía abiertamente a Alemania, los aliados y sobre todo Inglaterra, no tardarían en quitarle su mayor fuente de riqueza : esas colonias opulentas que no tiene cómo defender, y cuya propiedad le está asegurada únicamente por el beneplácito de las potencias ; y si, al revés de esto, se declaraba en favor de los aliados, las tropas alemanas

invadirían su territorio continental, y a despecho de las inundaciones, arrasarian medio país como acababan de hacerlo en Bélgica ...

Detenido por estas reflexiones y grato a la manifiesta buena voluntad del periodista, M. Dagimont no quiso desconcertarlo poniéndolo sobre este escabroso terreno, y dio por escuchadas sus respuestas : lo de la violación del territorio por los alemanes era falso ; el príncipe consorte alemán no tenía influencia política alguna ; Holanda no proveía a Alemania, pero estaba obligada por los tratados a dejar pasar las mercancías de tránsito que ésta recibiera de cualquier otra parte ; y en cuanto a la explotación de los refugiados, nunca faltan en el país algunas gentes capaces de aprovecharse de la desgracia ajena, sin que esas excepciones puedan, en justicia, empañar la reputación de la generalidad.

Cambiando pues de tema preguntó cuándo habrá vapores de Vlissingen para Inglaterra.

- *Todos los días.*
- *¿ Y de Terneuzen a Vlissingen ?*



- *Hay diariamente varios, pero hoy no podrá usted marcharse, porque acaba de salir el último. Si parte*

usted mañana temprano, tendré el gusto de ser su compañero de viaje, pues voy a visitar los campamentos de refugiados.

- *¿ A qué hora es la partida ?*
- *A las ocho, y llegaremos a eso de las diez, si no tenemos algún tropiezo.*

Después de clasificar la correspondencia en su cuarto, M. Dagimont se sentó a la mesa con el periodista holandés. La comida era poco menos que abominable, carne coriácea nadando en margarina, legumbres viejas, verduras marchitas. La cuenta fue lo único que olier a banquete ...

A la mañana siguiente tomaron el vaporcito de Vlissingen, que se llenó de pasajeros. Todavía no cejaba el movimiento intensivo provocado por la guerra, y que en un principio hacía partir los buques cargados de gente hasta el tope, en un confuso hacinamiento de hombres, mujeres, niños, sin más ropa que la puesta, agitados por la angustia de la hora trágica huyendo delante de la invasión

asoladora, de la batalla y del incendio ... El buque echó a andar aguas abajo por el Escalda, cuyas orillas monótonas, sin más variedad que la que ofrecen algunos médanos amarillentos, van separándose y dando mayor amplitud al río cuya desembocadura han entregado las potencias a la custodia de los holandeses.

Todavía no se hablaba del paso de submarinos alemanes disfrazados de barcos mercantes por las aguas del río neutral para ir a hacer estragos en el Mar del Norte, pero el vaporcito encontró cerca de la costa de la isla de Walcheren una mina flotante alemana, cuyo contacto esquivó cuidadosamente. En lo esencial, este aparato consiste en dos cilindros metálicos del tamaño de una cuarterola, unidos entre sí por medio de cadenas ; el cilindro superior que está vacío, impide que se vaya a fondo el inferior, cargado de poderosos explosivos y salpicado por todas partes de detonadores que, al menor choque, hacen estallar la máquina infernal.



No tardaron en llegar a Vlissingen, pequeña ciudad de

unos veinte mil habitantes, que dormita amodorrada la mayor parte del año, junto a la desembocadura del Escalda, que en ese paraje alcanza más de cuatro kilómetros de ancho, para no despertar sino en el verano, galvanizada por la afluencia de los bañistas, pero que en aquellos días presentaba un aspecto febrilmente animado y al propio tiempo lamentable, a causa de la inopinada irrupción de las infelices poblaciones de campesinos flamencos, que han debido refugiarse allí, sin ropas ni recursos de ninguna clase, fijándose sólo en la hospitalidad ajena, en la beneficencia de sus vecinos, hostigados por un peligro mayor que el de la incertidumbre en el día de mañana. En sus hogares les amenazaba el hambre, el fuego, la matanza ... Vivían en barracones improvisados con tablas mal unidas por cuyos resquicios silbaba el viento, bajo un techo de cinc en el que se condensaba la humedad para caer luego en forma de lluvia sobre el suelo de tierra apisonada pronto convertido en lodazal.

A lo largo de las paredes se había tendido una espesa capa de paja que no se renovaba nunca, para servir de cama a los refugiados, en el desorden y la promiscuidad más completos sin cuidado de la higiene ni de la moral.

Algunas estufas ahumaban más que calentaban aquellos recintos, escenario de uno de los episodios más lamentables e irritantes de la guerra, y los pobres fugitivos, hombres y mujeres, ancianos y niños, se agrupaban alrededor del fuego, silenciosos y pasivos, con el semblante crispado por una atónita angustia. Otros vagaban por las calles, a paso lento, con los hombros caídos y los brazos bamboleantes, sin saber qué hacer, hasta la hora de la comida que se preparaba sin aseo, en tinglados adyacentes a los barracones. Otros, más animados, formaban corro, comunicándose las noticias y las mentiras corrientes, y en sus ojos azules y claros de flamenco solía brillar un relámpago de esperanza. Las amarguras del ostracismo iban a prolongarse indefinidamente, sin embargo, aumentando cada día su miseria ...

Ante este espectáculo, M. Dagimont comprendió mejor que nunca el horror de la guerra y se sintió apiadado hasta el fondo del alma.

- *Comprendo* – dijo al periodista – *las insuperables dificultades con que se ha tropezado para alojar de improviso a tantos y tantos infelices y para procurarles lo más necesario para que no mueran de hambre y de frío. ¡ La hospitalidad holandesa ha sido salvadora para ellos, y los belgas no la agradeceremos nunca lo bastante ! Pero ... ¿ no le parece a usted que estos desgraciados se encontrarían mucho mejor, aunque sólo fuera con un poco de higiene ? ...*
- *Quiero creer* – contestó el holandés algo cortado – *que esto no pasa en todas partes, y que las condiciones, evidentemente malas, en que se encuentran los refugiados belgas en Vlissingen se deben sólo al gran número en que afluyeron aquí, cuando nadie los esperaba : no habrá habido materialmente ni tiempo ni*

recursos para hacer mejor las cosas. Con todo, no dejaré de hacer propaganda en el diario en beneficio de nuestros huéspedes y de nuestro buen nombre, que también está en juego.

- *No me he permitido insinuar una crítica – expuso M. Dagimont –. Mis palabras significaban, tan sólo, que probablemente los dispensadores de esta hospitalidad salvadora, los que la hacen posible merced a sus dádivas, no han encargado de su distribución a gentes capaces de organizarla como es debido. Sin duda todo marchará bien allí donde hay quien fiscalice.*
 - *De eso podremos cerciorarnos personalmente, si usted quiere acompañarme hasta Middelburg, ya que el vapor para Folkestone no sale hasta mañana. Hay allí otros campamentos, y espero que estarán mejor acondicionados.*
- M. Dagimont aceptó y ambos partieron

inmediatamente para Middelburg, que está a corta distancia y a donde llegaban antes de la hora de almorzar.

Allí el cuadro era completamente distinto. Las damas holandesas de la capital de la Zelanda habían organizado celosamente el servicio de socorros a los refugiados belgas, que no carecían de lo necesario en semejantes circunstancias. Los alojamientos eran aseados y relativamente cómodos, la higiene se cuidaba con solicitud, y los fugitivos recibían las prendas de ropa que les faltaban, pues muchos habían huído en medio de la noche, al saltar de la cama despertados por el cañón, cubriéndose apenas con lo primero que encontraban, sin acertar a proveerse, en el pánico, de algunas prendas de vestir. La comida, abundante y sana, estaba cuidadosamente preparada, bajo la vigilancia y con la colaboración de las mismas damas, y M. Dagimont y el periodista holandés, que almorzaron con los refugiados, tuvieron una sabrosa sopa de arroz y verduras,

un succulento guiso de carnero con patatas, un pedazo de queso y una tacita del negro, espeso y perfumado café que se toma en Holanda, con una buena porción de crema de leche, sólo que esta vez, y por razones que se comprenderán, la crema no apareció.

Salieron, pues, muy satisfechos de haber visto y comprobado que en Middelburg la situación de los fugitivos belgas estaba muy lejos de ser tan penosa, como en Vlissingen, y coligieron que en el resto del país debía de pasar lo mismo. Según nuestros informes, así era en el resto del país, sembrado de campamentos de refugiados, salvo alguna que otra desgraciada excepción. (**Nota**)

Al salir del refugio, como era jueves, M. Dagimont se encontró con la pequeña ciudad muy animada y bulliciosa. Numerosos campesinos, hombres y mujeres, vestidos con los pintorescos trajes regionales, habían acudido al mercado semanal de mantequilla y los chicuelos enredaban en las calles cantando, chillando, silbando y haciendo un ruido

infernol. En los pueblos y aldeas holandesas, a ciertas horas del día, parece que no hubiera más que chiquillos, dueños y señores de calles y plazas. Es conmovedor pero no deja de ser molesto.

De regreso en Vlissingen no le quedó a M. Dagimont más remedio que matar las horas fumando su pipa en el bar del hotel, y conversando de la guerra con algunos refugiados, porque su compañero el periodista holandés se había vuelto a Terneuzen, donde tenía su cuartel general. Las horas pasaron lentas, tediosas, pero el día terminó por fin, y el sueño vino a punto para acortarle el tiempo.

El hotelero se hizo pagar lo que quiso por una mala cena, incomparablemente inferior al rancho de los refugiados de Middelburg, y por una mala cama de dudosa limpieza, en un cuarto como el camarote de una barca de pesca.



El vapor de la carrera entre Vlissingen y Folkestone, en que se embarcó, no era malo, pero estaba materialmente lleno de pasajeros. Llevaba pabellón holandés.

En el trayecto encontraron no menos de cinco minas flotantes, que el piloto evitó con hábiles maniobras. Dos vigías, relevados con frecuencia para evitar el cansancio de la vista, escudriñaban las aguas del canal, para señalar al comandante cualquier objeto sospechoso, y los pasajeros de mayor sangre fría se inclinaban sobre las bordas, vigilantes también ; los pusilánimes preferían no ver ; algunos luchaban con el miedo y el mareo, males terribles, que se agravaban mutuamente. La vigilancia no flaqueó un momento : iba en ello la vida de todos.

M. Dagimont contaba con embarcarse para Francia apenas llegara a Folkestone, porque el arribo del vapor de Vlissingen coincidía siempre con la salida del de Calais. Pero tuvo la decepción de ver, al entrar en la rada, que el vapor inglés se cruzaba con el suyo. Un oficial de a bordo le explicó el motivo :

- *Es una orden – le dijo – de las autoridades militares inglesas. Como el espionaje no cesa, pese a todas las*

precauciones, quieren por lo menos disminuirlo en lo posible, y haciendo que la salida del vapor para Francia no coincida ya con la llegada de los vapores holandeses, tienen todo el tiempo necesario para examinar detenidamente los papeles de los viajeros y de registrar sus equipajes bien a fondo, en las veinticuatro horas que dura su permanencia forzosa en Folkestone. Es algo que no se había visto nunca en la libre Inglaterra. ¡ Pero los tiempos son tan calamitosos! ...

Una vez desembarcado, M. Dagimont pensó que lo aguardaba otro día de tedio mortal ; pero armado de paciencia y dominando sus preocupaciones, pudo pasar algunas horas relativamente agradables, vagando por las barrancas de la costa, desde las que se goza de una vista espléndida sobre el mar y que son recorridas por cómodos tranvías eléctricos.

Folkestone se había convertido en colonia de la burguesía belga, y muchos de los refugiados, que gozaban

de la generosa hospitalidad inglesa, eran gentes de holgadísima posición pecuniaria, que se habían expatriado huyendo, más que de los peligros, de las molestias de la guerra. Otros desgraciados no podían hacer otra cosa, después que el enemigo arrasó sus casas y los privó de sus bienes con el fuego y las requisiciones.

La hospitalidad inglesa se ha mostrado sencillamente admirable para todos los belgas sin excepción. Los simples particulares han rivalizado por convertir su destierro más o menos forzoso, según los casos, en un grato paréntesis a la vida, más que en un período de zozobras y amarguras. Nada les parecía bastante para obsequiar a sus huéspedes, y los trataban, más que como aliados, como a hermanos muy queridos. Casas confortables, palacios enteros, eran puestos a su disposición con todo lo necesario, desde la servidumbre hasta el guardarropa, la despensa y el aprovisionamiento diario, sin que para ello se necesitara más presentación ni recomendación que la de ser fugitivo belga. Los niños y

las niñas eran puestos en los mejores colegios, en los mejores pensionados, y las familias se veían rodeadas de la más amena, amable y discreta sociedad. Tanto agasajo hizo que muchos abusaran, aprovechando sin necesidad de esta nueva especie de profesión, o, mejor dicho, canongía, de ser "*refugiado belga*". Familias conozco que viven todavía a costa de la hospitalidad inglesa, aunque perciban regularmente sus rentas o gran parte de ellas, frustrando a otros más pobres de los beneficios de esa caridad mal otorgada. Pero el inglés no se queja. Por el contrario, un sorprendente artículo del *Times*, aparecido en los primeros meses del ostracismo (**Nota**: 14 de septiembre de 1914), declaraba que nadie en Inglaterra debía quejarse, ni aun cuando los belgas cometieran abusos, tanto era lo que se les debía. Nunca he leído más nobles palabras.

M. Dagimont se encontró en Folkestone con algunos ricos bruselenses de su relación, que habían escapado

mucho antes de correr peligro y que creían o fingían creer que así salvaban la patria.

- *¿ Se ha cansado usted por fin del régimen alemán ?* – le preguntaban irónicamente.

- *Es muy duro* — limitábase a contestar M. Dagimont –, *pero no es posible ponerlo todo voluntariamente en manos del enemigo, allanándole el camino para la conquista y la anexión.*

- *Los que se quedan no son patriotas, puesto que se someten. Todo el mundo debía, a estas horas, haber salido del país, para no servir a los alemanes.*

- *No tiene usted razón* – replicaba el anciano –. *Los que han huído sin necesidad, ante un peligro inexistente o remoto y vago, han hecho una cosa contraria a su deber, que era el de quedarse para sostener y reconfortar el ánimo del pueblo y velar en lo posible por sus intereses materiales y morales. Los ocho millones de habitantes de Bélgica no podían salir del territorio, no hubieran tenido nunca dónde*

refugiarse. El más considerable de los éxodos hubiera dejado siempre en el país mucho más de la mitad de la población, y de la mitad más pobre, más ignorante, más débil. El ocupante hubiera hecho con ella lo que hubiera querido, mientras que ahora debe luchar sin descanso contra la formidable fuerza de inercia que se le opone.



M. Dagimont hablaba de perlas. "*Pelópidas*", dice Plutarco en la biografía del mismo (**Nota : *Vidas paralelas*, II**), "*dirige a los refugiados tebanos, ora aparte y aisladamente, ora en común, discursos en que les hace ver que es una vergüenza, una impiedad, contemplar a la patria esclava y ocupada por una guarnición extranjera,*

mientras ellos, satisfechos de haber escapado y de vivir, están pendientes de los decretos de Atenas, adulan al pueblo y están sin cesar a los pies de los que saben hablar y convencer al vulgo". Plutarco, o más bien, Pelópidas, quería que fuesen a combatir, pero entre los refugiados belgas no faltaban tampoco los que hubieran podido y debido correr a alistarse en los ejércitos aliados.

Para mis cortos alcances, los que se quedaron en Bélgica porque no podían tomar las armas hicieron obra patriótica oponiendo al invasor su resistencia pasiva, pero incoercible contra la cual se enfurecen en vano los alemanes; su acción es tan noble y tan fructífera como la de los que sacrifican su vida en las trincheras. Los que se vieron ahuyentados de sus hogares destruidos y huyeron en busca de refugio en tierra extraña, sin recursos para volver, sin condiciones para empuñar el fusil, son simples víctimas de una catástrofe, acreedores a la más profunda piedad. Pero las palabras que tendría para calificar a los que escaparon

hostigados en su fuga por el deseo de poner a buen recaudo sus vidas y sus bienes son demasiado duras para escritas ...

M. Dagimont renunció a seguir discutiendo y se aisló durante el reste del día. No hay que tratar de convencer al que se condenaría convenciéndose.

A la madrugada siguiente corrió al puerto para embarcarse en el vapor de Calais. Como había ido antes varias veces a Inglaterra por sus negocios, mucho le hubieran sorprendido en otras circunstancias las formalidades a que debían someterse los viajeros, que siempre se habían embarcado libremente, sin más tropiezo que una somera y rápida inspección de los guardas de la aduana. Esta vez no sólo se examinaron minuciosamente los papeles de cada uno, viendo si procedían de autoridad competente, si tenían todos los sellos necesarios y si la filiación correspondía exactamente con la del que los llevaba, sino que también se registraron concienzudamente los equipajes, sin descuidar un rincón de valija ni un forro de maleta que no hubiera sido

escudriñado a fondo. Los celosos aduaneros buscaban el contrabando de guerra hasta en las entretelas de las camisas, y cada viajero era para ellos un presunto espía, aun cuando se tratara de un súbdito del mismísimo rey Jorge. Más vale prevenir que reprimir. Pero en esta se pasaron horas enteras y ya era tarde cuando el vapor zarpó rumbo a Calais.



El barco iba lleno de soldados, seguramente ingleses, a juzgar por su uniforme kaki. M. Dagimont los observaba con interés. Eran en su mayoría jóvenes, robustos, de miembros fornidos, caras francas, llenas y rubicundas. Les encontraba cierto aire de raza con sus compatriotas, y ese parecido se debía sin duda a los orígenes y a la relativa vecindad. Deseoso de conocer el estado de alma de los voluntarios británicos, trató de trabar conversación con alguno de ellos, y buscó el de aspecto más afable.

Hecha su elección, dirigió al elegido la palabra en su mal inglés. El soldadito se quedó mirándolo con tanta sorpresa como si le hablara en japonés. Modestamente, y esforzándose por pronunciar algo mejor, M. Dagimont repitió una y dos veces su entrada en materia, con igual estupefacción del oyente que seguía con la boca abierta hasta que por último exclamó con el más genuino acento de Marolles (**Nota** : barrio cerca de la *Rue Haute* en Bruselas):

— ¡ *Nom de D... ! Je ne comprends que le français.*

Era un voluntario belga, equipado en Inglaterra como muchísimos otros camaradas, con los uniformes británicos. Todos los demás soldados que iban a bordo pertenecían al mismo contingente. El número de los voluntarios belgas enrolados desde que comenzó la guerra y especialmente desde la ocupación alemana aumenta sin cesar, y no tardará en llegar a los cien mil. (**Nota del autor**)

Uno de los vigías señaló en esto la proximidad de una mina flotante. El vapor disminuyó su marcha y siguió acercándose con precaución para tratar de destruirla. Cuando estuvieron a conveniente distancia varios buenos tiradores comenzaron a hacer fuego con sus *mauser* sobre el flotador del aparato infernal.

Aunque casi todos los disparos dieran en el blanco, los proyectiles eran tan pequeños que, perforando la caja sobre la línea de flotación, no abrieron agujeros suficientes para que el agua la inundara y la hiciera irse a pique. Veinte minutos duró el tiroteo, pero la bomba acabó por hundirse,

inutilizada.

Sin otro contratiempo llegaron a Calais, donde debieron someterse a un examen y un registro más severo, si cabe, que los sufridos en Folkestone. La espera enervante duró largo tiempo, pues los pasajeros eran muchos y la operación muy lenta y minuciosa. Por fin, M. Dagimont se vio libre y pudo internarse en la ciudad, llena de soldados con uniforme belga, ese uniforme que no había vuelto a ver desde la declaración de guerra, sino llevado por los oficiales del ministerio, y eso hasta el momento en que el gobierno se retiró a Amberes. En Bélgica se oye hablar del ejército nacional, de sus hazañas, de sus padecimientos, de vez en cuando se lee a hurtadillas un diario francés o inglés que lo encomian poniendo de relieve sus altas cualidades, pero esa tropa valiente y abnegada está demasiado lejana, se sabe demasiado poco a su respecto para que su presencia no produzca un poco de sorpresa y un mucho de emoción. Esto fue lo que sintió M. Dagimont al encontrarse con un grupo

de oficiales, hacia quienes corrió para felicitarlos con las lágrimas en los ojos.

- *No merecemos esas felicitaciones – dijo uno de ellos, estrechándole la mano — y no podríamos aceptarlas sino por ridícula jactancia. Todos los que estamos aquí pertenecemos simplemente a los servicios auxiliares, no somos sino ruedas de la máquina administrativa. Los valientes, los héroes que no están ya en las líneas, han muerto peleando o son prisioneros del enemigo. Los que se hallan en las trincheras defendiendo el último pedazo de nuestro suelo padecen mucho y los compadecemos. Pero también los envidiamos. En nuestras largas horas de forzosa ociosidad, agitados y nerviosos, tenemos la impresión de no cumplir con nuestro deber. En vano se nos dice que nuestros servicios son necesarios aquí, porque no creemos en la importancia de nuestra acción, considerando que lo único que hay que hacer es batirse. Por eso envidiamos a nuestros bravos*

camaradas de las trincheras, que viven la vida intensa y cuya conciencia debe estar completamente tranquila, pues hasta en los períodos de tregua sus privaciones y molestias son tales que reclaman un inquebrantable espíritu de sacrificio ...

Después de este coloquio que lo conmovió profundamente, M. Dagimont se puso en movimiento para obtener el permiso que le permitiría llegar hasta las trincheras, lo que no le fue muy difícil merced a las recomendaciones que llevaba consigo. De modo que pocas horas después pudo dirigirse en automóvil a Furnes (**Nota :** Veurne), la pequeña capital de la única región belga que los alemanes no han conquistado.

Furnes, como se sabe, es una linda y pacífica ciudad flamenca llena de antiguos recuerdos históricos y arquitectónicos, y cuyos flemáticos habitantes han merecido de sus compatriotas el dictado de "*Slapers van Veurne*", o sea "*durmientes de Furnes*". El pueblo

despierta, sin embargo, por lo menos una vez al año, el último domingo de julio, cuando se hace la famosa procesión de la Pasión de Cristo, que compite con la más célebre aún de Oberammergau en Alemania, que atrae de toda Bélgica millares de fieles y de curiosos, y que he de describir en horas más apacibles, si el caso llega. También ha despertado otras veces sacudida por el estruendo de los combates. Los normandos, que la hicieron muchas veces víctima de sus depredaciones, devastaron en el siglo IX el santuario de la Virgen, incendiaron las casas y degollaron buena parte de la población. Balduino Brazo de Hierro la



fortificó después, como a Brujas, convirtiéndola en una de las mejores plazas fuertes de Flandes. Los hijos de Furnes combatieron más tarde en las batallas de las Espuelas de Oro y de Cassel, y en los siglos XV y XVI la ciudad, tomada por los Gueux en 1566, fue teatro de frecuentes guerras. Por último, en 1793 las tropas de la República Francesa se apoderaron de ella, y en 1798 se sublevó contra el régimen del Terror, tomando parte en la Guerra de los Paisanos.

Es curioso saber que Furnes, capital actual de la "*Bélgica belga*", de la Bélgica libre aún, ha pertenecido sucesivamente a los Países Bajos, a Francia (1646), a los Países Bajos españoles (1659), a Francia (1668), a España (1713), al Austria (1715), a Francia (1744), al Austria (1748), a Francia (1793), a Holanda (1815) y por fin a Bélgica (1830), de la que es último baluarte en 1914.

Por mucho que quisiera acelerar la marcha de su automóvil, M. Dagimont no pudo llegar a Furnes antes de

las ocho de la noche, tanto era el movimiento de automóviles y otros vehículos del ejército que llenaban las carreteras. Este contratiempo hubo de crearle serias dificultades pues la circulación en la ciudad quedaba estrictamente prohibida a partir de esa misma hora, y los hoteles rebosantes no podían recibir un solo huésped más. Por fortuna su *chauffeur* tenía noticia de una vieja solterona flamenca que solía dar posada, y lo condujo a su casucha. Aspera y huraña, la vieja recibió a M. Dagimont como a un enemigo, examinándolo de pies a cabeza con irritada desconfianza, pero acabó por decirle que el cuarto estaba desocupado, y que se lo cedería a condición de que le pagara diez francos por día, precio exorbitante en Furnes, pues el mismo famoso *hotel de la Noble Rosa* no cobra en épocas normales sino cinco francos por la pensión completa. Pero la vieja agregó, como atenuando el desollamiento :

- *Diez francos ... desayuno comprendido.*

- *A propósito de desayuno – le dijo M. Dagimont aceptando tácitamente sus condiciones leoninas – ¿puede usted darme algo de comer ?*
- *No tengo nada.*
- *Aunque sea un pedazo de pan.*
- *Estamos racionados, y no me queda ni una miga.*
- *Una taza de café o de té ...*
- *He apagado el fuego y el carbón escasea tanto, que hay que economizarlo.*
- *Entonces me iré a dormir.*
- *Es lo mejor que puede hacer.*

Subió a un camaranchón húmedo, helado y sucio, que la falta de muebles hacía parecer enorme, y viendo que las sábanas conservaban las huellas del paso de muchas víctimas anteriores, se acostó vestido tratando de conciliar el sueño, satisfecho a pesar de todo, al ver ya próximo el cumplimiento de su generosa misión. Pero el hambre y el frío lo condenaron a una noche de insomnio y desasosiego.

El desayuno se compuso de pésimo pan de mucho más afrecho que harina, grasa rancia en vez de mantequilla, y café turbio y aguado con sabor a trapo de cocina. El apetito era tal, sin embargo, que apechugó con todo aquello, y ya más entonado echó a andar a pie, llevando en la mano su pesada valija, y se encaminó a Pervijze, que se halla a dos leguas más o menos de Furnes, y en cuyos alrededores estaban los cuerpos belgas que quería encontrar.

La carretera estaba llena de tropiezos, automóviles lanzados a toda velocidad, carretas cargadas de pertrechos y vituallas, guardias que detenían casi a cada paso a los viandantes para exigirles sus papeles y sus pases, soldados que descansaban a la orilla del camino, batallones que iban a instalarse en las trincheras y se cruzaban con otros, que volvían a Furnes a gozar de un corto y bien ganado descanso, estos últimos cubiertos de lodo, con los uniformes destrozados y las caras pálidas de fatiga.

M. Dagimont, obligado a avanzar muy lentamente en

medio de aquel trajín, y con su pesada valija a cuestas pensaba que no llegaría nunca al término de su viaje cuando lo alcanzó una larga fila de carritos tirados por grandes perros a la manera flamenca, y conducidos por soldados de línea, que llevaban víveres a las trincheras. Apenas los vio pensó que podía sacar partido del encuentro y trabó conversación con el cabo que mandaba el curioso convoy.

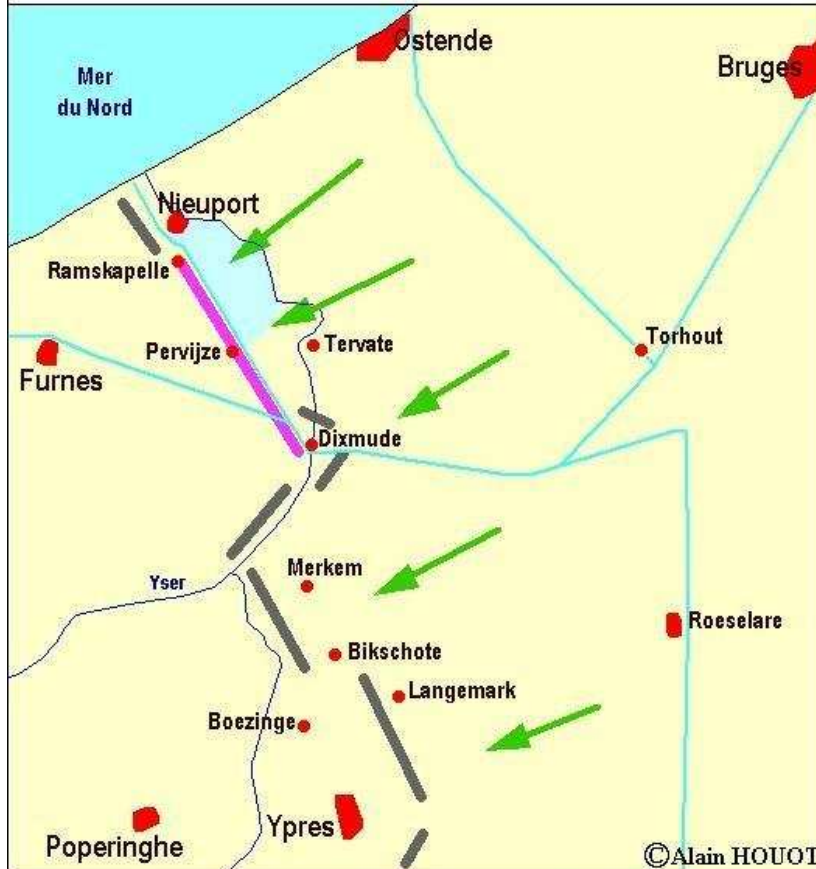
Cuando el buen veterano supo que llevaba cartas, noticias y dinero a sus camaradas de la línea, que tenía la debida autorización para llegar hasta allí, y que se encargaría gustoso de llevar, a la vuelta, cartas para su familia, se mostró obsequioso, lleno de conmovida simpatía, y lo invitó a poner la valija en uno de los carritos. M. Dagimont aceptó agradecido, muy contento no sólo de desembarazarse de un peso abrumador, sino también de formar en cierto modo parte del convoy, con lo cual se vería libre del continuo y molesto examen de sus papeles. Los soldaditos de la columna

no tardaron en saber el motivo de su presencia en aquellos parajes, noticia que corrió de boca en boca con la rapidez del relámpago, y el abnegado anciano tuvo que distribuirles las hojas de su libreta para que escribieran a sus familias desoladas por no saber nada de ellos desde tan largos meses... Verles la cara de regocijo, mientras le entregaban sus misivas, era ya una recompensa, y mayor sería aún la que, de regreso en la Bélgica ocupada, recibiría de tantas madres, de tantas esposas, de tantas prometidas ...

Llegó, pues, sin tropiezo a la aldea de Pervijze, desde ahora famosa por la heroica defensa del paso del Iser, hecha por los belgas con desprecio de su vida, bajo los asaltos furiosos y sangrientos de las tropas alemanas. La aldea no era más que un montón de ruinas humeantes, y sus escombros servían de único monumento funerario a muchos bravos caídos combatiendo por el último rincón de la patria invadida y bañada en sangre. Nada quedaba en pie, salvo los **infor- [...] dos** (**Nota** : faltan unas palabras), de que los

La Bataille de l'Yser

16 - 31 octobre 1914



©Alain HOUOT

- | | |
|---|--|
|  Forces françaises |  canaux |
|  Forces belges |  zones inondées |
|  Offensives allemandes | |

mismos combates de Elewijt y de Epeghem (**Nota :** alrededores de Bruselas), terribles, sin embargo, no alcanzaron ni con mucho semejante violencia en el ataque ni tan heroica obstinación en la defensa.

Monsieur Dagimont contemplaba absorto y conmovido los escombros al ras del suelo, único resto de lo que fue la aldea de Pervijze, cuando se le acercó el capitán L., que era casualmente uno de sus amigos.

- *¡ Usted aquí !* – exclamó el capitán al reconocerlo –
¿ Viene usted a sentar plaza ?
- *Mi edad no lo permite ya, desgraciadamente. No podría como ustedes vivir entre el agua y el lodo, y sería un estorbo más que una ayuda. Vengo a traer cartas de la familia de nuestros soldaditos ...*
- *Que lo recibirán como a un mesías. Aquí estamos todos como fuera del mundo, en otro planeta, lejos, muy lejos, de cuanto amamos ... ¿ Tiene usted algo para mí ?*
- *Dos o tres cartas que le daré en cuanto estemos donde*

pueda sacar la correspondencia de la valija ... Parece que aquí se ha combatido muy en serio ... Ya teníamos noticia, pero no creíamos que la lucha hubiera sido tan feroz ...

El capitán le contó entonces rápidamente la resistencia titánica sostenida por los belgas durante quince días contra un enemigo cinco o seis veces superior en número, bien amunicionado, muy aguerrido y muy terco, provisto de armas excelentes, tanto en la artillería cuanto en la infantería, mandado por jefes competentes y sostenido sin cesar por grandes refuerzos de hombres y de material de guerra.

Recordó que el pequeño ejército belga, extenuado, desmoralizado por haberse visto constantemente solo cuando aguardaba a cada momento el auxilio de las fuerzas aliadas, había tenido que evacuar la plaza de Amberes dirigiéndose a Calais, donde el comando contaba darle el descanso necesario para que los hombres se repusieran y los servicios

podieran reorganizarse. Ya habían atravesado el Iser cuando los aliados, viendo que sus tropas no podían llegar a tiempo para detener la irrupción alemana, les pidieron que retrocedieran y defendieran a todo trance el paso del río, durante las veinticuatro horas que consideraban necesarias para acudir en su socorro con fuerzas importantes.

Era el momento terrible en que los aliados parecían flaquear y ceder ante el empuje formidable de los alemanes, exaltados con la esperanza de una rápida victoria, y la multiplicidad de sus puntos de ataque, la situación comprometida de las líneas de defensa en territorio francés, impidieron el envío de los refuerzos anunciados. El pequeño ejército belga se quedó, pues, solo, durante largos días, sosteniéndose contra los continuos y furiosos asaltos del enemigo que trataba a todo trance de romper su línea para ejecutar luego el movimiento envolvente que había de darle una ventaja quizá decisiva sobre sus adversarios. La prueba a que los belgas estaban sometidos no podía ser más dura,

sobre todo si se considera su estado físico y su escasa preparación militar, pero hay en el espíritu bien templado una reserva de fuerzas morales que, en los momentos trágicos, puede sustituirse quizá con ventaja a las mismas fuerzas materiales. Los belgas, con su rey Alberto a la cabeza, estaban resueltos a no abandonar al enemigo los últimos terrones de la patria arteramente invadida y asolada, y encontraron en el fondo del alma las energías suficientes para convertirse, pese a su inferioridad, en baluarte inexpugnable en que fue a quebrarse el torrente alemán. El ejército belga se cubrió de gloria, revelando al mundo lo que valía, y el mismo mariscal John French le ha rendido homenaje en sus partes famosos, mientras el *Daily Telegraph* escribía: "*El hecho más conmovedor de esta terrible guerra es la resistencia encarnizada que opone al invasor el ejército belga conducido por su rey, sobre el último jirón de su territorio nacional. La historia no registrará nunca más noble espectáculo que el que nos ofrece este ejército, después de*

dos meses y medio de luchas cotidianas, de reveses y de retiradas ante un enemigo enormemente superior. Nada ha podido abatirlo y, como el primer día, permanece en sus posiciones, indomable". (Nota)

Pero el esfuerzo era demasiado considerable para poder continuarse indefinidamente. Llegaron tropas inglesas y francesas, para sostener a los belgas, después de largos días en que sólo les sostenía su propio valor y la esperanza en el socorro de los amigos. Con todo, los alemanes se mostraban cada vez más fuertes, y la línea iba a ser rota, cuando un viejo esclusero de Nieuport (**Nota**) pensó que era posible inundar la comarca rompiendo los diques, como hicieran los antiguos holandeses, y buscó el medio más eficaz de llevar a cabo la operación, destinada a detener instantáneamente el avance de los alemanes. Encontró que destruyendo los malecones del gran canal del Iser, en varios puntos determinados, el agua inundaría las regiones bajas en que el enemigo había abierto ya toda una red de trincheras, sin detenerse hasta los

terraplenes del ferrocarril de Nieuport a Dixmude, que formarían dique. El estado mayor belga acogió el proyecto y lo puso inmediatamente en práctica. Los alemanes, sorprendidos, vieron las posiciones de varias de sus baterías anegadas, demasiado tarde ya para salvarlas, mientras que los soldados se ahogaban en las trincheras convertidas en torrentes.

Muchos de los que lograban escapar caían bajo el fuego de los belgas apostados sobre el terraplén del ferrocarril.

Pero aunque las pérdidas de los alemanes fueran formidables, los belgas no obtuvieron el éxito sin crueles sacrificios, y se calcula que en la jornada del Iser perdieron no menos de 13.000 hombres, entre muertos y heridos.

Mientras hablaba, el capitán L. había conducido a M. Dagimont a una vieja casa aislada, que a duras penas podía sostenerse en pie, hecha pedazos por las bombas,

pero que con todo, como era la única que aún conservaba algunas paredes, servía de alojamiento, o mejor dicho, de madriguera a una veintena de oficiales.

Para ellos, la llegada de un bruselense portador de dinero, y, sobre todo, de cartas, fue un acontecimiento verdaderamente sensacional. M. Dagimont fue objeto de una acogida entusiasta ; las cartas para los soldados de aquel sector fueron clasificadas en un instante, y cada oficial se encargó de un paquete para correr a distribuir las entre sus soldados, no sin suplicar antes al mensajero que aguardase su regreso, pues ellos también deseaban escribir a sus familias.

- *Para eso he venido* – contestó M. Dagimont –. *No me marcharé sin la correspondencia de cuantos quieran ponerse en comunicación con los que han dejado en Bélgica. La zozobra es grande en el país, y hay que llevar noticias consoladoras a las infelices mujeres, a los pobres viejos ...*

Dos horas después, M. Dagimont tenía en su poder un paquete de cartas tan grande como el que acababa de ser distribuido, y esas cartas contenían una suma de dinero mucho mayor que la que llevara a las trincheras. En las líneas el dinero es inútil; no hay nada que comprar, y los oficiales que reciben doble paga no saben qué hacer de sus caudales. En cambio les falta muchas veces lo más preciso, la ropa blanca, los víveres, y se encuentran en la situación del árabe dueño de una talega de perlas que, perdido en el desierto, la hubiera cambiado gustoso por un zurrón de dátiles.

M. Dagimont se disponía a partir en busca de una ambulancia en que debían hallarse dos médicos miembros de su familia (**Nota**: contradicción con respecto a « *y no teniendo parientes en el ejército* », en la primera parte del relato), cuando observó con sorpresa que los oficiales celebraban en un rincón un misterioso conciliábulo, seguido por una especie de votación que

resultó unanime, y vio que uno de ellos salía para volver un instante después llevando en una mano una botella de champaña y en la otra un inmenso jarro para cerveza.

Era la única botella de vino que existía en las trincheras, guardada celosamente para reconfortar, llegado el caso, a algún herido grave, o para festejar alguna gran victoria futura ; pero se había resuelto, por aclamación, honrar con ella al noble correo del soldadito belga. Nimiedad, se dirá. En las circunstancias, el acto era conmovedor, y el anciano, lleno de emoción, trató en vano de rehusar el obsequio. No sólo saltó el corcho del champaña, sino que los oficiales quisieron obligarlo a que se lo bebiera solo, y a duras penas consiguió M. Dagimont que brindaran con él por la liberación y el triunfo de la patria.

Partió, por fin, acompañado largo trecho por los afiliados, que veían en él la encarnación de la familia lejana, cuya separación sería quizá eterna. Y cuando se

despidieron, algunos tenían los ojos empañados.

Monsieur Dagimont estaba inquieto al encaminarse a la ambulancia donde debían hallarse sus parientes, cuya suerte ignoraba, pues nadie había podido darle informes a su respecto, y en Bruselas se creía que habían caído, como tantos otros médicos y enfermeros muertos en el peligrosísimo servicio de ambulancia de primera línea.

A grandes pasos se internó en la campiña, al parecer solitaria y abandonada, pues los combatientes estaban soterrados en sus profundas trincheras. La inundación se extendía a lo lejos, y en el agua cubierta de una costra de hielo reflejábale vagamente el cielo ceniciento, de una tristeza infinita.

Como le habían dado minuciosa y exactamente las indicaciones necesarias para llegar sin extraviarse a la ambulancia, al calor de una marcha bastante penosa sobre la alfombra de nieve que cubría el suelo, encontró la casucha en que se había instalado la estación de primeros auxilios.

Allí tuvo la dulce satisfacción de hallar sanos y salvos a sus dos parientes que, poco expansivos en circunstancias normales, le saltaron esta vez al cuello con juvenil efusión. Vivían en un mal cuarto húmedo y sin muebles, junto con otros cuatro médicos y cinco camilleros, tres de ellos sacerdotes. Hacía cuarenta días que estaban en la línea de fuego (**Nota** : empezó la batalla del Iser el 16 de octubre de 1914), y tres semanas que la ancha faja de la inundación los separaba de los ejércitos alemanes, condenándolos a una pasividad mortal. Esta larga inacción, en la expectativa de acontecimientos trágicos, posibles en todo momento, pero constantemente aplazados, los había enervado y deprimido mucho más que la encarnizada y sangrienta lucha de las semanas anteriores. Mientras combatían, abrigaban la esperanza del triunfo, o siquiera del avance anhelado ; ahora, en la paralización completa de las operaciones, el porvenir se les presentaba de una uniformidad indefinida, tan abrumadora como una interminable noche claustal. Y

todos se preguntaban :

- *¿ Qué estará pasando a estas horas ?*

Porque, quien sabe si por descuido, por recargo de trabajo o por consideraciones de orden militar, se les dejaba completamente sin noticias, sin un eco siquiera del resto del mundo, que ya empezaba a no existir para ellos sino como algo misterioso y lejano, casi místico ... Y en tan penoso aislamiento se sentían atados a la región inundada, muda y triste como un cementerio olvidado.

- *¡ Decir que estamos casi en la frontera de nuestro país – exclamaban –, y que no podemos abalanzarnos sobre esa línea de alemanes que parecen vigilarnos para que sus compañeros puedan, a mansalva, seguir saqueando, devastando, desangrando a la pobre Bélgica !*

Y luego agregaban, reaccionando :

- *Pero no hay que compadecernos demasiado. Nosotros*

siquiera tenemos este refugio, este techo y estas cuatro paredes que nos defienden de la intemperie. Vivimos en montón, pero somos unos príncipes si se nos compara con nuestros pobres soldaditos incrustados en el barro helado de las trincheras. Vaya usted a verlos, y no olvidará jamás semejante cuadro.

Acompañado por uno de los médicos, M. Dagimont se dirigió a las trincheras próximas. Estaba helando. La blanda alfombra de nieve que cubría los campos se endurecía bajo la brisa cortante como una navaja y la capa de hielo de la inundación se hacía cada vez más espesa. Allá lejos, M. Dagimont pudo distinguir con un anteojo los terraplenes hechos por los alemanes para abrigar sus baterías. De este lado del agua helada se veían largas listas de tierra cubierta de nieve, algo más altas que el terreno inmediato. Eran las trincheras. Junto a ellas, invisibles, estaban los abrigos subterráneos, única habitación de los combatientes belgas, convertidos en

trogloditas.

El médico lo hizo entrar en una de esas cavernas improvisadas, donde los jóvenes soldados pasaban la más triste y monótona de las vidas, con los uniformes desgarrados y cubiertos de tan espesa capa de lodo, que más que hombres parecían montones de arcilla preparados para modelar una estatua. Encontró a los unos tendidos sobre haces de paja, a los otros jugando silenciosamente a los naipes. Puede decirse que ni siquiera notaron la presencia del visitante forastero. Estaban distraídos, como ausentes. Diríase que la vida mental se había detenido en ellos y que eran apenas un poco más que simples autómatas.

M. Dagimont se acercó a hablarles, a hacer que le contaran sus hechos de armas, a pedirles datos sobre los camaradas cuyo nombre llevaba anotado para comunicarles noticias de sus familias. Algunos despertaron a medias y le contestaban brevemente, con monosílabos, sin detenerse a

desarrollar una idea ni a fijar una imagen. Sus respuestas le hicieron comprender, sin embargo, la causa de su actitud. Los sangrientos e incesantes combates, seguidos por la inercia forzosa de largas semanas, les habían sacudido los nervios con tal violencia, que les repugnaba y afligía recordar ese pasado inmediato, terrible como una pesadilla. Habían tomado instintivamente la resolución de no volver los ojos hacia atrás y de no pensar en el porvenir, considerando que la evocación de los sucesos anteriores y la visión de los acontecimientos futuros serían otras tantas causas de enervamiento y de flaqueza que les dificultarían el cumplimiento del deber hasta el fin. Hijos de familia, en gran parte conservaban íntegros los sentimientos domésticos, la sencilla creencia en una moral humanitaria. Matar un hombre seguía siendo para ellos un asesinato, la requisición hecha por la fuerza y sin pagar, un robo, y ni la gloria de un rey, ni aun la misma grandeza de la patria, podían variar el carácter delictuoso de esos actos. Pero,

viéndose obligados a defenderse contra la injusta agresión y a defender la tierra en que habían nacido, lo hacían con verdadero valor, con indignado entusiasmo, lamentando que aún existan naciones lo bastante bárbaras para ensoberbecerse con su fuerza bruta y utilizarla en empresas de simple bandolerismo. Como continuaban poseyendo todas las sensibilidades desarrolladas por las costumbres de su medio social, no podían obrar contra sus ideas más caras, sino sustituyendo a éstas la conciencia de un imperioso deber, de un ineludible sacrificio. Y el ciudadano belga, amante de la paz en cuyo imperio creía, ha sabido, sin embargo, amoldarse sin desfallecimientos a las crueles exigencias de la guerra, se ha improvisado combatiente experto, arrojado y tenaz, y, lo que era mucho más difícil aún, ha olvidado las blandicias de una vida de abundancia, amena y confortable, para someterse sin desfallecimiento a las mayores privaciones.

Aquellos jóvenes que poco antes paseaban

despreocupados y alegres por los bulevares de Bruselas, siempre dispuestos al placer, sabían soterrarse en el lodazal de las trincheras, soportar las inclemencias de un invierno cruel, sin ropas, a menudo sin víveres y se veían obligados a terrible necesidad : a beber el agua de las zanjas, mezclada con la sangre de los camaradas heridos y en la que habían flotado poco antes los cadáveres de sus camaradas muertos ...

M. Dagimont tuvo, pues, que renunciar a conversar con ellos y salió a pasearse a lo largo de las trincheras, después de dirigirles un cordial saludo, al que contestaron con una palabra, sin interrumpir sus juegos.

El frío desagradable hizo que no tardara en volver al abrigo reservado a los médicos y camilleros. La atmósfera del cuartujo se había hecho casi irrespirable, saturada por un penetrante olor a grasa rancia y caliente, era que el doctor M., cirujano muy conocido en Bruselas, estaba preparando para obsequiar al huésped el plato delicado de

las grandes solemnidades : patatas fritas.

Dispuestas las gamellas, todos los presentes se sentaron a la mesa, prontos a hacer honor al banquete, que se componía de excelente carne conservada cedida por el ejército inglés y de las consabidas patatas fritas que todo el mundo devoró con entusiasmo, excepto M. Dagimont, que no avezado a semejantes pellejerías, escamoteó su ración y la deslizó en los bolsillos que no tardaron en chorrear grasa fétida. Con todo, aquello era preferible a comerlas ... Cerró el festin una taza humeante de un cocimiento de café hecho con el agua sucia de la inundación.

Lo mejor es que el abrigo se había visto repentinamente invadido por los soldados, atraídos por el olor de la fritada que llegaba en ondas densas hasta las trincheras, y que era irresistible perfume para ellos, clientes poco antes descontentadizos del *Filet de Sole*, de la *Faille Déchirée*, de la *Taverne Royale* (**Nota**) de otros templos gastronómicos bruselenses no menos sibaríticos. Los

soldaditos se atropellaban para obtener un puñado de abominables patatas y como la inopinada clientela era numerosa, el cocinero-cirujano las retiraba de la cacerola medio crudas todavía, cosa de que aquellos valientes no se preocupaban, pues salían devorándolas a riesgo de quemarse la boca, para volver a soterrarse en sus cavernas de trogloditas.

M. Dagimont había continuado la distribución de las cartas, comenzada desde la mañana, pero sólo pudo terminarla demasiado tarde para regresar a alguna de las aldeas mas próximas donde aún quedaban civiles ; todas estaban demasiado lejos para que no le sorprendiera en el camino la noche que avanzaba a grandes pasos y que amenazaba ser tenebrosa y glacial.

Aceptó, pues, muy agradecido, la hospitalidad que se le ofrecía en el refugio, pronto invadido por las tinieblas. Sin otra luz que un mal candil, oculto por tres lados para que su escasa claridad no se viese desde afuera, la tertulia

no duró mucho y los diez o doce hombres que ocupaban el estrecho cuartujo se tendieron en el suelo, codo con codo, envueltos en sus cobijas, y no tardaron en dormirse a pierna suelta. M. Dagimont se empaquetó como pudo en su manta de viaje, colocó la valija como almohada y trató de hacer lo mismo que sus compañeros. Imposible. El viento helado que soplaba con violencia penetraba por todas las rendijas y lo atería materialmente ...

A eso de media noche lo hizo estremecer el estampido del cañón, e inmediatamente después comenzó a oír el silbido de las bombas que pasaban sobre el refugio. De las trincheras belgas partió entonces un nutrido fuego de fusilería.

- *¿ Qué es eso ?* – preguntó sobresaltado M. Dagimont a uno de sus vecinos.

Este, muy tranquilo, se limitó a contestar :

- *¡ Bah ! No es nada.*

Los otros no parecían más inquietos. Sólo uno o dos se

revolvieron en su lecho de tierra y siguieron durmiendo.

- *¡ Cómo nada ! – exclamó M. Dagimont –. Estoy seguro de que nos atacan.*
- *¡ No, no ! – replicó el otro –. Probablemente los alemanes tratan de derribar el campanario de la aldea vecina. Ya lo han intentado varias veces, sin tocarlo nunca.*
- *Pero los nuestros contestan con sus fusiles. Eso quiere decir que los alemanes se acercan ...*
- *No, señor. Tiran únicamente para hacer ver al enemigo que están en guardia. Las líneas alemanas se hallan demasiado lejos para el alcance de los fusiles.*

Y se volvió a dormir plácidamente, mientras las bombas seguían sobre su cabeza rasgando el aire con silbido siniestro. M. Dagimont se puso a contarlas : un ... dos ... Los proyectiles pasaban a intervalos regulares, tres ... cuatro ... cinco ... Por las rendijas pasaba un pálido fulgor,

la luna se había mostrado entre las nubes como para favorecer el tiro de los artilleros ... Treinta ... treinta y uno ... y M. Dagimont, rendido de fatiga, se quedó a su vez dormido.

A la mañana siguiente pasó junto a la torre de la aldea, que continuaba en pie.

- *¡ Ya ves !* – le dijo uno de sus parientes, que le acompañaba hasta la carretera –. *Esos famosos profesionales de la destrucción no tienen el tiro infalible. Hasta hoy han lanzado contra este campanario más de mil proyectiles. Pero el blanco sigue en pie ...*

* * *

Cinco días después M. Dagimont estaba de regreso en Bruselas, llevando un rayo de sol para muchos hogares, ricos y pobres.

Tenía también noticias dolorosas, listas de caídos en el campo de batalla y en el lodazal de las trincheras. Pero las guardó para sí diciéndose :

- Las madres, las esposas, las prometidas, no lo sabrán nunca demasiado tarde. Lo irreparable ha sucedido ... Dejémosles un poco de esperanza.

M. Dagimont, dichoso con la felicidad que para tantos traía desde las ensangrentadas trincheras, repitió varias veces su filantrópica hazaña. Pero como la severa vigilancia alemana se hacía cada vez más estrecha, su esposa le suplicó que renunciara a su voluntaria misión, tan llena de peligros.

- ¡ Está bien ! – contestó el anciano –. Iré una vez más, porque estoy comprometido a hacerlo, pero te prometo que será la última, y que enseguida me quedaré tranquilamente en casa.

Había variado siempre su itinerario, para no despertar demasiadas sospechas, y en aquel viaje se propuso pasar por Lieja a Maastricht. Una noche, conducido por un joven guía, se hallaba a 150 metros de la frontera, y descontaba ya su éxito, cuando un grito gutural lo dejó helado :

- ¿ *Wer da* ?

El guía se echó de barriga y, arrastrándose como una serpiente, se perdió entre los brezales. M. Dagimont, que no tenía la flexibilidad de la juventud, no pudo imitarlo. El centinela alemán se apoderó de él y lo condujo al cuerpo de guardia más próximo, donde se le exigieron sus papeles. No los tenía. Por fortuna, el guía había escapado con la comprometedor valija llena de correspondencia.

Al día subsiguiente, en Lieja, el consejo de guerra alemán condenó a M. Dagimont a tres meses y un día de cárcel por tentativa de pasar la frontera sin pasaporte (**Nota**). Si se le hubiesen encontrado las cartas habría sido enviado a una fortaleza de Alemania, por delito de traición.

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *Monsieur Dagimont. Correo del soldadito belga* » (1-6) , in LA NACION ; 14-19/07/1915.

Nota del autor :

En abril se festejó en las líneas la incorporación del 100.000° voluntario belga.

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés :

** « (...) bon nombre de soldats belges sont séparés de leur famille demeurée en Belgique occupée. Contrairement aux poilus français, ils ne peuvent pas revoir leur famille lors de leurs permissions. La correspondance est donc pour la plupart des soldats belges le seul lien avec leurs proches. Cependant, afin d'affaiblir le moral des troupes, l'ennemi interdit toute communication entre les civils en territoire occupé et les soldats belges. Des organisations clandestines – le **Mot du soldat** et le **Bureau de la Correspondance belge** – se créent et aident à l'acheminement des lettres via les Pays-Bas, l'Angleterre ou la France. Nombreux sont ceux qui paieront de leur vie ces actions de résistance. »*

in « *La vie quotidienne sur le front belge. Carnet de Jean d'Otreppe* » par Ginette Letawe :

<http://www.provincedeliege.be/sites/default/files/media/524/EPL%20-%20Dossier%2014-18%20-%202011%20-%20La%20vie%20quotidienne%20sur%20le%20front%20belge.pdf>.

« *Cierto que los refugiados belgas sin recursos eran socorridos y albergados inmediatamente* » y « Según nuestros informes, así era en el resto del país, sembrado de campamentos de refugiados, salvo alguna que otra desgraciada excepción ». Ver, e. o. :

PAYRO ; « *La Guerra vista desde Bruselas ; diario de un testigo. En Holanda (26-28)* » ; in LA NACION ; 28-30/12/1914.

<http://www.idesetautres.be/upload/19141022-1102%20PAYRO%20EN%20HOLANDA.pdf>

Mapa Vlissingen – Folkestone proviniendo de :

<http://ports.com/sea-route/port-of-vlissingen-flushing,netherlands/folkestone-harbour,united-kingdom/>

Mapa Folkestone – Calais proviniendo de :

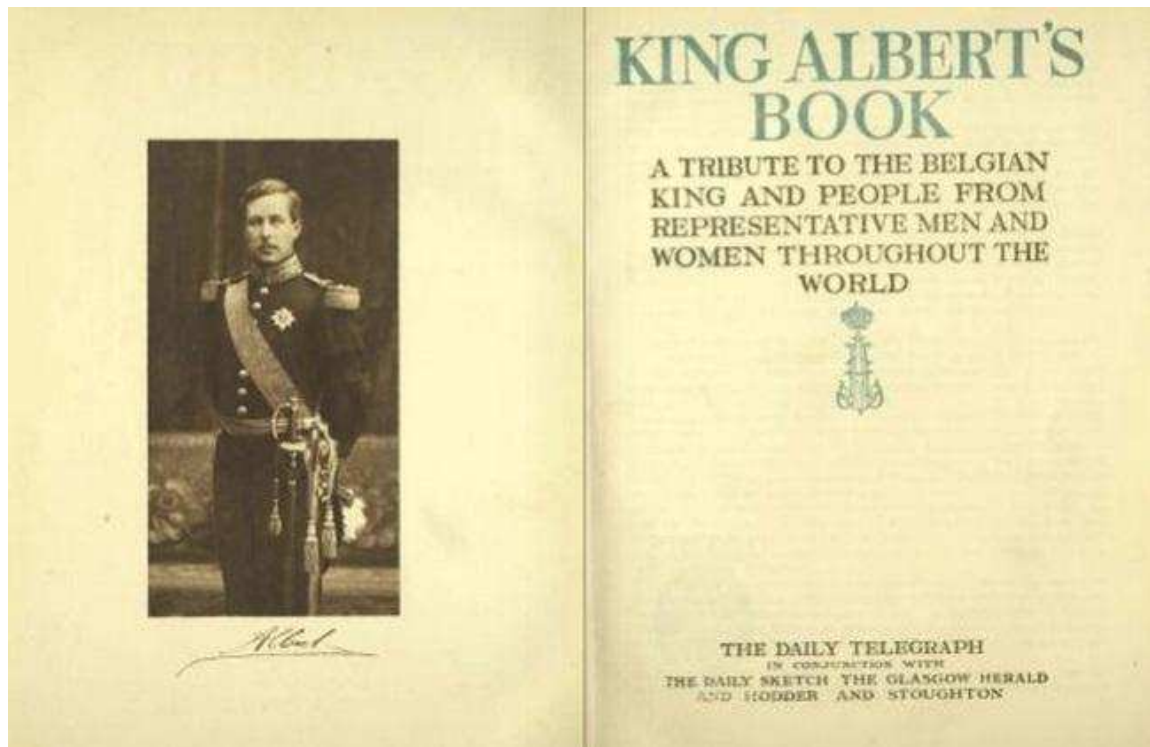
http://fr.directferries.be/calais_folkestone_eurotunnel.htm

« (...) *un sorprendente artículo del **Times**, aparecido en los primeros meses del ostracismo, declaraba que nadie en Inglaterra debía quejarse, ni aun cuando los belgas cometieran abusos, tanto era lo que se les debía* ». Fecha identificada gracias a Pierre PURSEIGLE : “*The exile and resettlement of refugees from the Western Front, 1914-1918*” ; University of Birmingham ; 2008, (13 pages). In Max Weber Programme “*Globalisation and Inequalities : reflections on the Development of a Divided World*”; San Domenico di Fiesole (Villa la Fonte), 11/12/13 June 2008

<http://www.eui.eu/Documents/MWP/ProgramActivities/Purseigle.pdf>

Anuncia el **Daily Telegraph** el 19 de noviembre de 1914 (page 8), « *the publication of **King Albert's Book**, a tribute to Belgium and in aid of the appeal fund* ».

http://i.telegraph.co.uk/multimedia/archive/03098/Telegraph1914_1911_3098379a.pdf



WORLD TRIBUTE TO THE KING OF THE BELGIANS KING ALBERT'S DEEDS

Everywhere "personal tributes" herald the birthday of the hero-king of Belgium with a world known willingness to recognize his heroic deeds...

KING AMONG HIS TROOPS

The King, according to the Belgian press, has been seen in the front lines of the army, and his presence has inspired the troops...

WAS LOAN PROPOSED

It is understood that a loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

PREMIER AND KING

The King and the Premier have been seen together in the front lines, and their presence has inspired the troops...

TURKISH BUTCHERY

The Turkish government has been accused of committing atrocities against the Armenian population in the region of Van...

AMERICAN NAVAL LANCER FIRED ON

The American naval lanceur was fired on by the Turkish forces in the region of Van...

WILHELM MET ON FRONT

King Albert has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

THE FRANCO BELGIANS

The Franco-Belgian forces have been seen in the front lines, and their presence has inspired the troops...

Everywhere "personal tributes" herald the birthday of the hero-king of Belgium with a world known willingness to recognize his heroic deeds...

The Department of "The Daily Tribune" has been informed that the King of Belgium has been seen in the front lines...

THE GREAT OF THE ROYAL

It is understood that the King of Belgium has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

The King and the Premier have been seen together in the front lines, and their presence has inspired the troops...

TURKISH BUTCHERY

The Turkish government has been accused of committing atrocities against the Armenian population in the region of Van...

AMERICAN NAVAL LANCER FIRED ON

The American naval lanceur was fired on by the Turkish forces in the region of Van...

WILHELM MET ON FRONT

King Albert has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

THE FRANCO BELGIANS

The Franco-Belgian forces have been seen in the front lines, and their presence has inspired the troops...

Everywhere "personal tributes" herald the birthday of the hero-king of Belgium with a world known willingness to recognize his heroic deeds...

The Department of "The Daily Tribune" has been informed that the King of Belgium has been seen in the front lines...

THE GREAT OF THE ROYAL

It is understood that the King of Belgium has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

The King and the Premier have been seen together in the front lines, and their presence has inspired the troops...

TURKISH BUTCHERY

The Turkish government has been accused of committing atrocities against the Armenian population in the region of Van...

AMERICAN NAVAL LANCER FIRED ON

The American naval lanceur was fired on by the Turkish forces in the region of Van...

WILHELM MET ON FRONT

King Albert has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

THE FRANCO BELGIANS

The Franco-Belgian forces have been seen in the front lines, and their presence has inspired the troops...

Everywhere "personal tributes" herald the birthday of the hero-king of Belgium with a world known willingness to recognize his heroic deeds...

The Department of "The Daily Tribune" has been informed that the King of Belgium has been seen in the front lines...

THE GREAT OF THE ROYAL

It is understood that the King of Belgium has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

The King and the Premier have been seen together in the front lines, and their presence has inspired the troops...

TURKISH BUTCHERY

The Turkish government has been accused of committing atrocities against the Armenian population in the region of Van...

AMERICAN NAVAL LANCER FIRED ON

The American naval lanceur was fired on by the Turkish forces in the region of Van...

WILHELM MET ON FRONT

King Albert has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

THE FRANCO BELGIANS

The Franco-Belgian forces have been seen in the front lines, and their presence has inspired the troops...

Everywhere "personal tributes" herald the birthday of the hero-king of Belgium with a world known willingness to recognize his heroic deeds...

The Department of "The Daily Tribune" has been informed that the King of Belgium has been seen in the front lines...

THE GREAT OF THE ROYAL

It is understood that the King of Belgium has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

The King and the Premier have been seen together in the front lines, and their presence has inspired the troops...

TURKISH BUTCHERY

The Turkish government has been accused of committing atrocities against the Armenian population in the region of Van...

AMERICAN NAVAL LANCER FIRED ON

The American naval lanceur was fired on by the Turkish forces in the region of Van...

WILHELM MET ON FRONT

King Albert has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

THE FRANCO BELGIANS

The Franco-Belgian forces have been seen in the front lines, and their presence has inspired the troops...

Everywhere "personal tributes" herald the birthday of the hero-king of Belgium with a world known willingness to recognize his heroic deeds...

The Department of "The Daily Tribune" has been informed that the King of Belgium has been seen in the front lines...

THE GREAT OF THE ROYAL

It is understood that the King of Belgium has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

A loan of \$100,000,000 was proposed to Belgium by the United States government to aid in the war effort...

FINANCIAL CONTRIBUTION

The King and the Premier have been seen together in the front lines, and their presence has inspired the troops...

TURKISH BUTCHERY

The Turkish government has been accused of committing atrocities against the Armenian population in the region of Van...

AMERICAN NAVAL LANCER FIRED ON

The American naval lanceur was fired on by the Turkish forces in the region of Van...

WILHELM MET ON FRONT

King Albert has been seen in the front lines, and his presence has inspired the troops...

THE FRANCO BELGIANS

The Franco-Belgian forces have been seen in the front lines, and their presence has inspired the troops...

Everywhere "personal tributes" herald the birthday of the hero-king of Belgium with a world known willingness to recognize his heroic deeds...

King Albert's Book by *The Daily Telegraph* (in conjunction with *The Daily Sketch* & *The Glasgow Herald*) : *A Tribute to the Belgian King and People from Representative men and women throughout the world* ; London; Hodder and Stoughton ; 1914, 188 pages + 28 illustrations. “This book is sold for the benefit of *The Daily Telegraph Belgian Fund*”.

<https://archive.org/details/kingalbert00teleuoft>

Vamos a extraer de este libro textos, que constituyen un homenaje a la resistencia de los belgas.

« (...) un viejo esclusero de Nieupoort pensó que era posible inundar la comarca rompiendo los diques ». Ver :

PYLYSER, Hendrik ; « (Karel COGGE) *Een dijkwachter met een gouden idee* » in *De Oorlogskranten*, deel 5 (“*Oktober 1914 : Duitse opmars gestuit. Belgen zetten Ijzervallei onder water*”) ; CEGESOMA.

Su sitio es también muy interesante :

<http://warpress.cegesoma.be/fr>

« (...) *clientes poco antes descontentadizos del **Filet de Sole**, de la **Faille Déchirée**, de la **Taverne Royale** de otros templos gastronómicos bruselenses no menos sibaríticos.* »

La *Faille Déchirée* :

in Food & History, vol. 7, n° 2 (2009), pp. 45–68

Peter Scholliers (Vrije Universiteit Brussel, Belgium) ; *The Diffusion of the Restaurant Culture in Europe in the Nineteenth Century: The Brussels Connection*

https://www.academia.edu/9753979/Diffusion_of_the_restaurant_culture_in_Europe_in_the_19th_and_20th_centuries_the_Brussels_connection

El *Filet de Sole* : dans le quartier des Halles. Ver : J. H. DUBOIS, « *Le milieu villageois* »

http://www.finnevaux.be/histoire/9_le_milieux_villageois.pdf

La *Taverne Royale* : dans les Galeries Saint-Hubert.
Ver : Jessica HENIN ; « *Cafés littéraires et création :
une part de la vie artistique bruxelloise aux XIX^{ème} et
XX^{ème} siècles* » ; Louvain-la-Neuve ; juin 2007.

http://bruges-la-morte.net/wp-content/uploads/J_Henin_Cafes_litteraires_et_creation.pdf

« (...) *el consejo de guerra alemán condenó a M. Dagimont a tres meses y un día de cárcel por tentativa de pasar la frontera sin pasaporte* ». Ver :

« *Un arrêté du gouverneur (von Bissing), en date du 25 juin 1915, dit :*

Les actions et les omissions défendues par l'arrêté du 13 octobre 1914 et l'avis du 4 novembre 1914, concernant la censure des imprimés, récitations, etc., et par l'avis du 15 décembre 1914 concernant le transport de lettres, écrits, etc., sont passibles d'une peine d'emprisonnement de un jour à trois ans et d'une amende de 3.000 marks au plus ou d'une de ces deux peines à l'exclusion de

l'autre, à moins que d'autres lois ou arrêtés ne prescrivent une peine plus élevée. »

MASSART Jean ; *La Presse clandestine dans la Belgique occupée* ; Paris-Nancy ; Berger-Levrault ; 1917.

Fuentes de las ilustraciones históricas :

"*Pelópidas* (a la derecha) y *Epaminondas* (a la izquierda)" de Liliane & Fred FUNCKEN, in *L'Histoire du Monde* (textos de Jean SCHOONJANS) ; Bruxelles ; Editions du Lombard ; Tome I, p. 41.

Ver « *Résultats dans les photos* » (abajo), después de haber buscado « FUNCKEN », siguiendo el lazo :

<http://www.idesetautres.be/?p=divers&mod=recherche&origine=ides>

"*Balduino Brazo de Hierro* y *Giselbert*" de Léon-Jean. HUENS, in *Nos gloires* (textos de Jean SCHOONJANS) ; (Bruxelles) ; sin editor ; Tome I, p. 37.

Ver « ***Résultats dans les photos*** » (abajo), después de haber buscado « HUENS », siguiendo el lazo :

<http://www.idesetautres.be/?p=divers&mod=recherche&origine=ides> **O**

[http://www.idesetautres.be/upload/65%20BOUDEWIJN%20MET%20DE%20IJZEREN%20ARM%20EN%20GISELBERT%20\(GLORIE%20VAN%20ONS%20LAND%201\).pdf](http://www.idesetautres.be/upload/65%20BOUDEWIJN%20MET%20DE%20IJZEREN%20ARM%20EN%20GISELBERT%20(GLORIE%20VAN%20ONS%20LAND%201).pdf) **O**

<http://www.idesetautres.be/upload/HUENS%20NOS%20GLOIRES%201-2.zip>

Al buscar « **SCHOONJANS** » (autor de textos históricos), van a encontrar más de 300 (trescientas) páginas (en francés : ***Histoire du Monde*** ; y en neerlandés : ***Geschiedenis van de Wereld***) cada una con 5 (cinco) ilustraciones de Liliane & Fred FUNCKEN, siguiendo el lazo (« ***Résultats dans les téléchargements*** ») :

<http://www.idesetautres.be/?p=divers&mod=recherche&origine=ides> **O**

<http://www.idesetautres.be/upload/HOMMAGE%20SCHOONJANS.pdf>